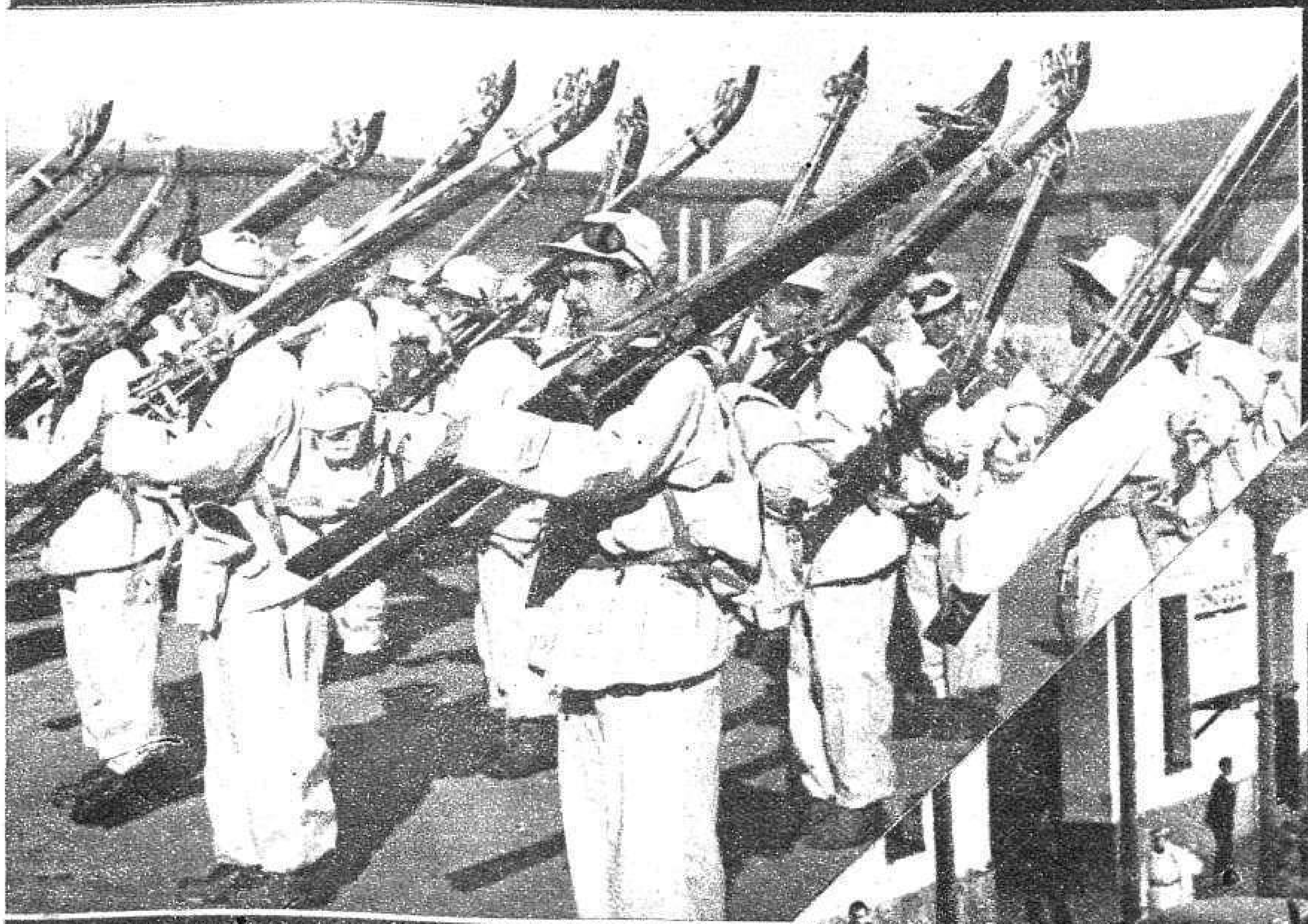
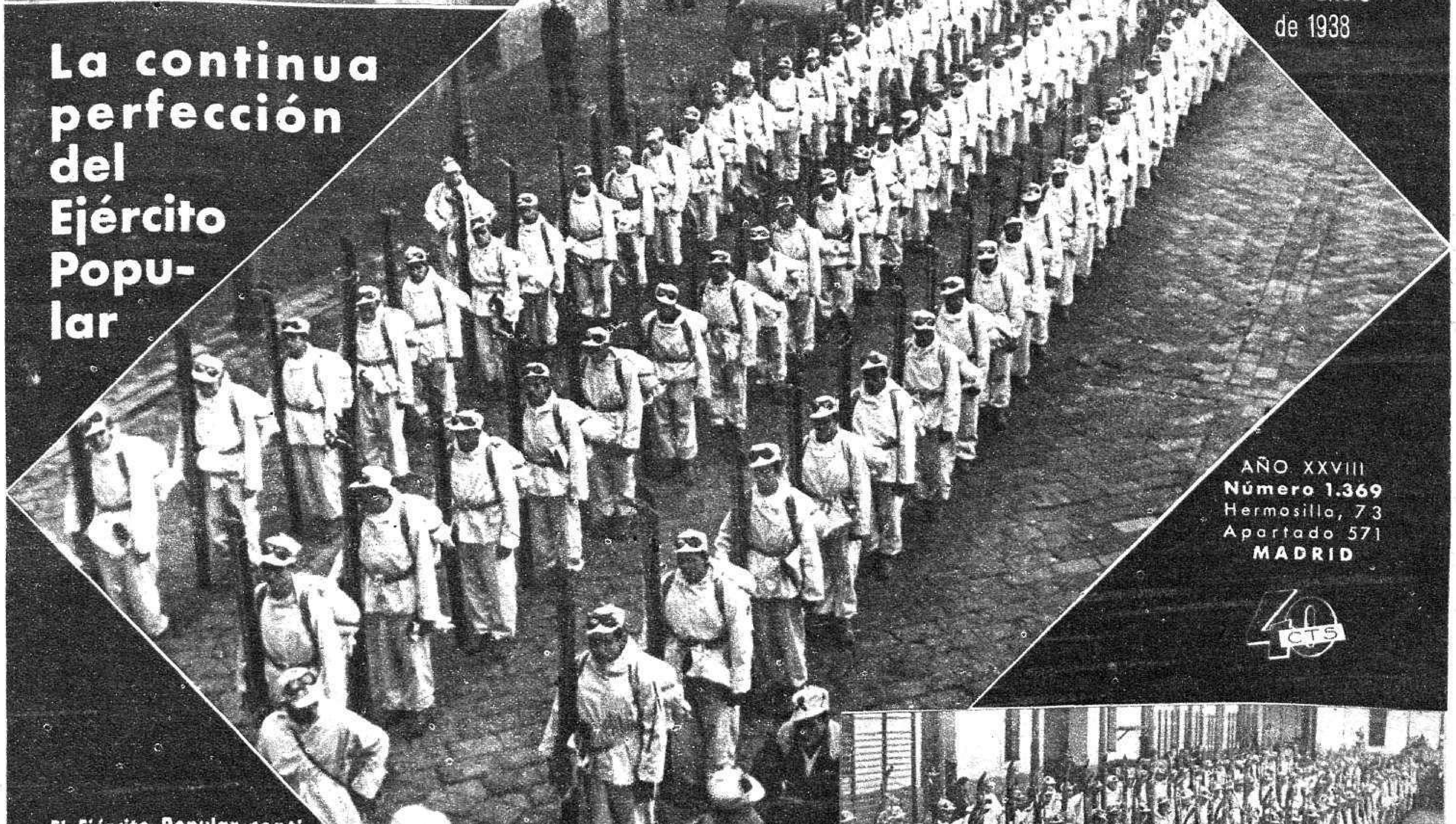
mundo gráfico



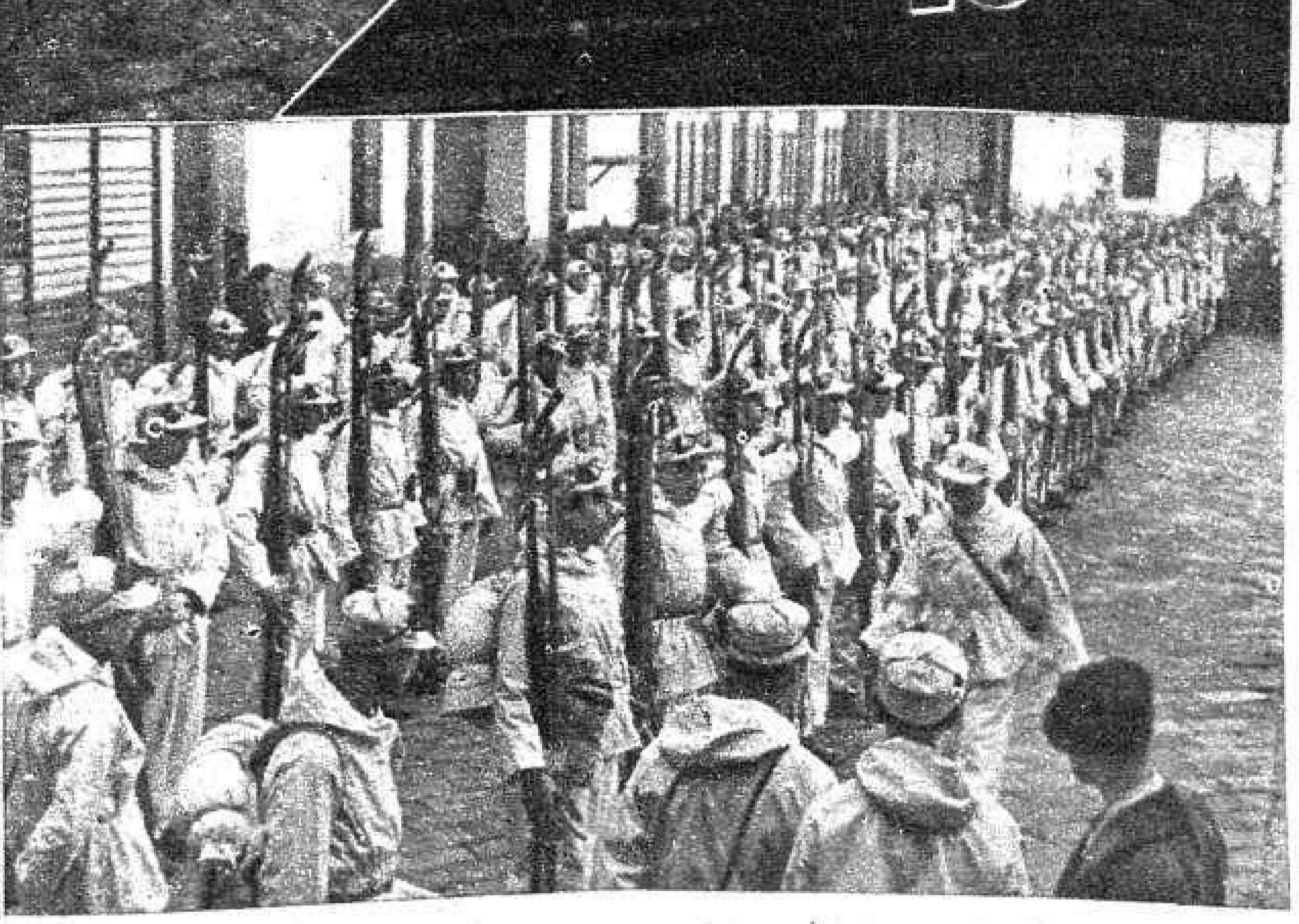


La continua perfección del Ejército Popular

Miércoles, 26 de Enero de 1938

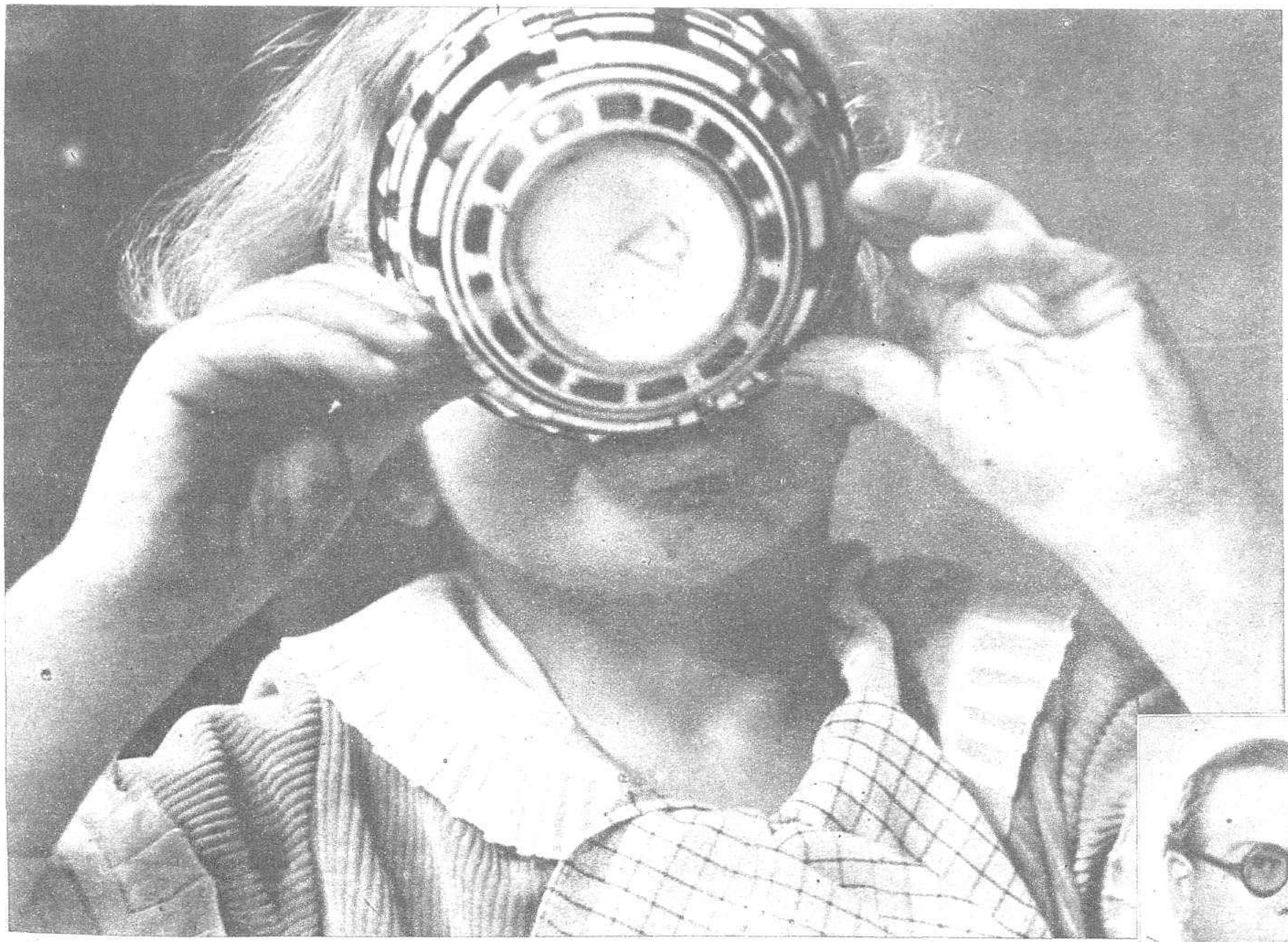
AÑO XXVIII
Número 1.369
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

40 CTS



El Ejército Popular continúa perfeccionándose en su organización y en su técnica. He aquí el nuevo batallón pirenaico de montaña, revistado en Barcelona por las autoridades militares antes de su partida para el frente

(Fots. Torrents)



La labor que realizan los

Dispensarios madrileños de **PUERICULTURA**

En ellos se proporciona alimentación diariamente a más de 60.000 niños

La ayuda del Extranjero a los chiquillos de Madrid

Uno de los perfiles más destacados de la guerra en Madrid es esa alta y noble preocupación por los chiquillos, sentida mientras cerca pasa todo el terrible dolor de la lucha. Cantan los cañones, trepidan las ametralladoras. El combate exige todas las atenciones y todos los afanes. Pero hay, al mismo tiempo, cerca de los campos de batalla, millares de vidas nuevas que están viviendo sus primeros años bajo aquel ritmo bronco de los cañones. Y toda esa infancia alegre—esperanza de un mañana mejor—requiere también, para que un día pueda ser fruto, todas las atenciones, todos los desvelos. Sólo así podrá lograrse la cosecha de lo que hoy se está sembrando.

En este sentido, es justo destacar la labor que viene realizando nuestro Consejo Municipal para que a los niños madrileños, dentro de las limitaciones y las dificultades que la guerra impone necesariamente, no llegue a faltarles su alimentación. Cuando la guerra pase, cuando la vida española recobre su ritmo normal, podrá recordarse esta preocupación de Madrid para con sus niños, como uno de los ejemplos mejores, de más profundo sentido humano y social.

La organización municipal de Puericultura—de la que es alma y guía, con plenitud de acierto, el ilustre doctor Carvajal—es la encargada de atender a la alimentación de los pequeños. En el espíritu sensible y fervoroso del doctor Carvajal vive siempre, como una obsesión, una frase: «Que no llegue a faltar la leche a nuestros niños de Madrid...» Y, venciendo todos los obstáculos (tiempo de guerra, escasez, dificultad de transporte, sesenta mil niños...), la leche no ha llegado a faltar para estos chiquitines que juegan mientras cerca cantan los cañones.

Esta atención hacia los niños de una ciudad tan castigada por la guerra ha tenido resonancias fuera de nuestro país. Son frecuentes los testimonios que a nosotros llegan del interés con que desde lejos se sigue aquel aspecto de la labor de nuestro Consejo Municipal. Hace poco, por ejemplo, fué repartido entre los niños que son atendidos en los Dispensarios un importante donativo, enviado expresamente para los madrileñitos por el North American Committee to aid Spanish Democracy.

De la magnitud de este problema de los niños—y de lo que, por consecuencia, hay de mérito en su solución—dará idea este dato: los niños atendidos por la Sección municipal de Puericultura—según estadística redactada a fines de año—son 60.547. De ellos, 16.517 menores de dos años. Y los 44.030 restantes, de dos a cinco años.

Los diez Dispensarios hasta hoy creados por el Consejo Municipal (se quiere ir creando más) vigilan y atienden celosamente cuanto se relaciona con la salud infantil. Así, los Dispensarios citados disponen de un completo material de reconocimiento y curas, aparatos de luz ultravioleta, servicios de vacunación (que es obligatoria). Reconocimiento y cuidado médicos, peso vigilado, suministro de alimentos: ésta es la labor que bajo la guerra vienen realizando los Dispensarios Municipales de Puericultura.

El ilustre doctor Juan José Carvajal, consejero municipal, delegado de Puericultura y secretario del Colegio de Médicos, a cuya inteligente y activa gestión se debe el eficaz encauzamiento, a través de los Dispensarios Municipales, del problema de la alimentación de los chiquillos de Madrid

En estos establecimientos, el niño es pesado y reconocido cada quince días—o antes de este tiempo, si la madre lo desea o el médico lo juzga necesario—. Los vales de suministro de alimentación dan derecho, para los niños de uno a dos años, a tres cuartos de litro de leche fresca o su sustitutivo por día, y raciones semanales de huevos, azúcar y harina. A los niños de dos a cinco años se les proporciona medio litro de leche fresca —o condensada, para obtener esa cantidad—y una ración semanal de huevos. Las cantidades citadas de leche pueden ser aumentadas por el médico en caso de enfermedad.

Pero no acaba aquí la acción municipal para con los niños. Porque en silencio se viene realizando otra labor de alta calidad humana: el suministro gratuito de leche y raciones de huevos, azúcar y harina, a todos los niños cuyos padres o personas encargadas perciben jornales inferiores de diez pesetas. Unos datos, comprobatorios de esto: en Diciembre último se han distribuído gratuitamente 558 raciones de tres cuartos de litro de leche fresca, 1.254 raciones de medio litro, 11.779 botes de leche condensada, 5.393 huevos y 4.021 bolsas de azúcar y harina. El valor total de lo repartido es de 22.679 pesetas

Y todo ello hecho cuando la guerra está a distancia escasísima, cuando los cañones cantan sobre la ciudad y la lucha tiene ecos inmediatos y dramáticos.

GABRIEL ARACELI

LOS PELUQUEROS DE MADRID

CELEBRAN SU PRIMERA ASAMBLEA BAJO LA GUERRA

Arriba: Algunos de los asistentes a la asamblea de la Unión Colectiva de Peluqueros que se ha celebrado estos días. – Abajo: La Mesa de discusión de la asamblea de peluqueros

(Fots. Videa)

Los peluqueros de Madrid han celebrado su primera asamblea bajo la guerra. Para ellos, agrupados bajo la gran bandera común de la Unión Colectiva, la guerra ha significado, en el aspecto profesional y social, un sentido más justo y humano del trabajo, un concepto riguroso del derecho y del deber, un ancho camino hacia perspectivas mejores y hacia nuevos horizontes legítimos. Cuando en muchos grupos sindicales o políticos se hablaba vocingleramente de unidad sin practicarla, los peluqueros, en silencio, sin estridencias, con la fuerza de las cosas efectivas, se habían unido ya. Las organizaciones de las dos grandes Sindicales se habían fundido, a través de la Unión Colectiva, en el mismo fervor y en la labor idéntica. Ante ellas—una sola en el afán y el esfuerzo comunes—se abría una senda palpitante de tareas nobles, de iniciativas que podrían convertirse en realidades magníficas. Mucho se ha hecho. Mucho todavía se quiere hacer. De todo ello—de lo conseguido y de lo por conseguir—se ha hablado ahora, en aquella primera asamblea, bajo un ambiente de pasión legítima y de alto fervor, con la comprensión exacta del nuevo sentido social—más justo y más humano—que la guerra abre al trabajo.

* * *

En el Salón-Teatro de la Casa del Pueblo se habían puesto unos cuantos carteles en tela, con frases redactadas por trabajadores del ramo en los diversos distritos madrileños. He aquí algunas de esas frases:

«Ser egoístas, exageradamente egoístas, por la obra de todos».

«El egoísmo es virtud cuando es capaz de olvidarse de sí mismo».

«Distingue en la crítica quién se vale del ataque personal para atacar la obra. Los hombres somos la obra; pero la obra no es el hombre».

«Cuando todo es proletario, o se lucha por que definitivamente lo sea, el deber, y sólo el deber, pueden hablar a nuestra conciencia».

«La mujer alcanza toda su personalidad social y humana cuando ríos de sangre proletaria surcan a España. El deber y la gratitud, ¿cuánto nos exigen?»

«Ayuda al compañero que lo necesite para tener fuerza al pedir que te ayuden a ti».

«No basta con que tú solo cumplas y conserves lo que es tuyo y de todos. Tu deber termina cuando tengas la evidencia de que en tu taller lo cumplen todos y que en los demás talleres te superan».

Estas frases trazadas por los peluqueros, ¿no traducen el profundo sentido social y humano que hay en esta hora para todos cuantos trabajan? Ellos las han escrito; pero podrían ser firmadas también por todos los demás trabajadores.

* * *

Tras una de las sesiones de la asamblea—por la mañana, en la Casa del Pueblo—, sigue después la tarea de todos los días en el local social. Los camaradas que llevan el timón de la entidad—Silvio, y Blanco, y Lobo...—hablan de uno de los puntos que ellos creen más interesantes en la gestión de la Unión Colectiva: la aportación de los peluqueros a la guerra.

—De los cuatro mil—dicen—que integramos la profesión en Madrid, unos dos mil quinientos están movilizados en los frentes. Y de ellos, un setenta por ciento es de voluntarios. Entendíamos todos que en esta hora lo fundamental era la colaboración, desde todos los puntos de vista, al Estado. No regatearle nigún recurso, no esquivarle ninguna aportación. Y así, se han entregado al Estado, por contribución correspondiente a las trescientas peluquerías que tenemos abiertas, 127.593 pesetas. Y no se le ha negado la contribución correspondiente a los establecimientos que cerramos al poner en marcha la Unión Colectiva: 255.186 pesetas se han pagado por este concepto.

Esta actitud—cumplimiento riguroso y fervoroso de los deberes en una hora que es deber para todos—tiene hoy un valor ejemplar.

—Pero más, todavía más—continúa diciendo—. Hemos entregado material de peluquería a Guerra, para los servicios en los frentes, por valor de más de 350.000 pesetas. La Unión ha contribuído con un donativo de cincuenta mil pesetas a las atenciones de la campaña. Además, cuantos integran nuestra organización han destinado al mismo fin un día de haber, lo que hace una suma de 22.000 pesetas. Relacionado con todo esto, hay también el hecho de que nuestro Comité de Enlace atiende las necesidades de los familiares de nuestros movilizados, pasando por este concepto de cincuenta mil pesetas la cantidad invertida hasta hoy. Tampoco la colectividad desatiende a los compañeros a quienes se ha dado de baja en Guerra. Y, naturalmente, tenemos la ambición de que este movimiento de ayuda a nuestros camaradas en lucha sea cada día mayor, para que a cada nueva hora llegue a ellos y a sus familiares, de un modo más efectivo, nuestra solidaridad y nuestra emoción.

* * *

—¿Una impresión en cuanto al sentido de esta asamblea nuestra en Madrid; algo sobre el efecto que en nosotros, directivos de la organización, han hecho el espíritu y la labor de nuestros camaradas? Esto: lo que hemos podido sentir en ellos de fortaleza moral, de afán de superación, de espíritu del deber, de conciencia del trabajo y del momento. Y dentro de ese unánime afán de fervor y de superación, es admirable el espectáculo de la mujer, de nuestra compañera en el trabajo—esclavitud y dolor antes, apenas hay que decirlo—, hoy ya en el camino de sus plenos derechos, de sus ambiciones legítimas, de su capacitación justa y exigible. Ellas, nuestras trabajadoras, han sabido ver todo lo que de humano, de justo y de nivelador había en la tarea nuestra, que a ellas beneficiaba tan directamente.

Una pausa, como si al pensamiento hubiese llegado un motivo nuevo, un motivo de preocupación.

—Pero un dolor también. Un dolor para nosotros, que percibimos exactamente las realidades: la tristeza—que superaremos, claro—de no poder ofrecer al público cuanto quisiéramos. Le debemos mucho, mucho, Y se lo iremos pagando. Lo demostraremos día a día; nuestro caudal de propósitos y de proyectos es muy abundante. Tenemos la ambición—¿verdad que es legítima?—de poder ofrecer a Madrid un día un servicio perfecto. Hacia ello, con intesidad mayor cada vez, van nuestro entusiasmo y nuestro esfuerzo; entusiasmo y esfuerzo que se funden en estas dos simples y hondas palabras: nuestro deber.

DOS CONCEPTOS DE LA VIDA Y DOS CONDUCTAS EN LA LUCHA

LA HUMANIZACION DE LA GUERRA

Cuando se habla de humanizar la guerra, no quiere decirse que se emboten o palien los efectos lesivos de las armas. Sería pueril, porque, por el contrario, toda la ciencia militar del mundo se aplica a multiplicar cada día el poder destructivo de las armas. No se empobrecen las naciones construyendo acorazados de treinta mil toneladas, con cañones de diez y seis pulgadas, para que luego las balas sean de algodón.

La posible humanización de la guerra no consiste en atenuar la eficacia agresiva de los instrumentos de combate. Estos han de rendir en cada momento el máximum de la potencialidad destructora para que fueron creados.

La humanización de la guerra sólo puede alcanzarse valorizando la conducta de los hombres que la hacen. En esto sí caben atenuaciones y matices que respondan a diversos contenidos espirituales.

El arma no es sino un instrumento material; el hombre que la maneja tiene alma; el fusil, la ametralladora y la bomba responden ciegamente a una fatalidad material inexorable; el dedo que aprieta el disparador, la mano que lanza el explosivo, sí obedecen a un estado de conciencia.

Y en este estado de conciencia, que es la resultante de una educación de la sensibilidad, de una cultura de la conciencia, es donde hay que buscar los matices espirituales que puedan humanizar la guerra. Porque a esas diferencias del espíritu responden las distintas concepciones técnicas de la guerra y, como consecuencia, las distintas conductas de los hombres que luchan.

La reconquista de Teruel por el Ejército republicano ha evidenciado ante el mundo dos conceptos genéricos irreconciliables, absolutamente distintos, de lo que la guerra significa según la espiritualidad que la dirige.

Teruel y su campo atrincherado fueron tomados, en un alarde de audacia y estrategia, por el Ejército popular. Quedaron en la plaza reductos hostiles, donde se cobijaban, con los combatientes, núcleos considerables de población civil. El Gobierno de la República ofreció una tregua para evacuar esa masa inerme, para evitar a ancianos, mujeres y niños los riesgos y penalidades del asedio. El mando faccioso no aceptó. Y durante quince días, una muchedumbre de enfermos, mujeres, criaturas pequeñas, sufrieron en los reductos facciosos un dantesco tormento de hambre, de sed, de horror... Centenares de enfermos sin cuidado, de heridos a los que no se atendía.

Al fin, hubieron de rendirse. Los soldados de la República, que habían luchado leoninamente, apenas se suspendió el fuego se convirtieron en un Ejército de socorro. Aun olía el aire a pólvora y a sangre, y los soldados republicanos, olvidando el apasionamiento de la lucha, rivalizaron en atender a las pobres gentes civiles, aterrorizadas y enfermas, que salían de los reductos; en transportar y cuidar heridos, otorgando, al par, a los prisioneros o rendidos un trato de respeto por su calidad de vencidos y por su cualidad de hombres.

Humanización de la guerra. Generosidad y lealtad con los inermes. Hacer la guerra, con toda su terrible violencia, mientras haya que hacerla. Pero ni un punto más lejos de donde haya que hacerla, ni con un daño más que el que sea fatalmente necesario. La conducta ejemplar del Ejército republicano en Teruel no puede dejar de tener eco en el mundo. Decenas de millares de seres, evacuados, prisioneros, heridos, atendidos con solicitud, tratados con respeto, socorridos en su necesidad, son testimonio de cómo es posible, pese a los pesimistas, infiltrar un noble sentido humano aún en esa cosa terriblemente inhumana que es la guerra.

Una vez más se ponen frente a frente, para que el mundo las compare y juzgue, dos mentalidades, dos conductas, que responden a dos concepciones irreconciliables de la guerra y de la vida.

El Gobierno de la República ofreció una tregua para librar a la población civil de Teruel de las penalidades del asedio; el mando faccioso se escudó, para mejor defenderse en sus reductos, en millares de mujeres, niños, enfermos y heridos. La República se apresuró a evacuar a pueblos distantes del frente a la población civil turolense; la aviación fascista fué muchas veces a ametrallar esas concentraciones de evacuados.

Los combatientes vencidos, los prisioneros, la población civil, fueron en Teruel respetados, socorridos, ayudados a transportar lejos de los lugares de combate. Recordad aquellas caravanas de millares de mujeres, ancianos y niños que iban fugitivos e indefensos por la carretera de Málaga a Almería, y a los que la aviación fascista bajaba a ametrallar a mansalva, dejando sembrado de cadáveres el camino.

De un lado, el sentido clásico, leal, caballeroso y generoso de la lucha entre quienes, al convertirse en combatientes, no pueden olvidar su condición humana. Del otro, el bombardeo de los pueblos inermes, el abandono de los heridos, «los nueve días de terror», la barbarie infrahumana de esa monstruosidad germánica llamada «la guerra totalitaria», de la que era apóstol Ludendorff, teutón sádico y loco.

Dos conductas. Dos conceptos irreconciliables de la guerra y de la vida, que el mundo sabrá comparar y juzgar. Porque entre ellos, la Humanidad actual habrá de elegir un camino futuro.

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

Preferencia al herido

Me van a permitir los camaradas que en esta página, dedicada a contar nuestras impresiones de la guerra, aparezca hoy la referencia de algo que, aunque visto por mí, y que tiene relación con la guerra, no se refiere a los frentes de combate, sino a la retaguardia.

Hace pocos días vinimos del frente a Madrid, con unos días de permiso, varios camaradas. Cierta tarde, buscando un rato de justo esparcimiento, me fuí a presenciar una función de cinematógrafo. A la puerta del local había una larga «cola» ante la taquilla. Hacía un frío intensísimo y caía una fina lluvia verdaderamente helada. En la «cola», mezclados con otros muchos camaradas y paisanos, había varias mujeres y también un combatiente herido, que se sostenía difícilmente apoyado en un bastón porque llevaba el pie derecho vendado. Fué larga la espera, y el compañero herido la soportó estoicamente, tiritando. Su vendaje, sucio por los salpicones de los transeúntes, llegó a empaparse de lluvia.

Después del cine, en el *Metro*, primero, y en un tranvía, después, presencié algo semejante. Dos compañeros convalecientes, el uno apoyado en muletas; el otro, con la cabeza y el cuello vendados, eran empujados, y tenían que soportar apreturas y molestias del público que pugnaba por llenar los coches, y luego tuvieron que hacer todo el viaje en pie en los pasillos mientras viajeros sanos ocupaban los asientos.

Yo, viendo esto, recordaba lo que me decía un veterano internacional hablando de la Gran Guerra:

—En París, el *peludo* herido tenía todas las preferencias: se le cedía el mejor puesto, se le miraba con un extraordinario respeto.

Y yo pregunto: ¿No debe ocurrir lo mismo aquí? En los establecimientos públicos, en los tranvías, en las calles, donde se encuentre, el combatiente herido debe ser objeto de toda clase de consideraciones, evitarle todas las molestias, cederle el paso y el puesto. Y esto no sólo como una obligación humana de respeto al más débil, sino como un acto de homenaje y una prueba de solidaridad con el hombre que ha derramado su sangre por defender la causa de todos. — Higinio Fernández».

Dos hombres más

«La noche era de luna clara y resplandeciente de estrellas. Un soldado, destacado de «escucha», con la cara pegada en la tierra, vigila incesante. De pronto, un ruido suena, apenas perceptible en el silencio. Es el sembrado que cruje, que parece gemir, pisoteado.

El camarada que está de «escucha» se prepara; da aviso al cabo, y se cursan las órdenes para evitar cualquier sorpresa. Se distinguen dos bultos negros, que avanzan cautelosamente. Se detienen, a veces, como espiando el silencio; luego se les ve avanzar encorvados, y así llegan hasta muy pocos metros de nuestra avanzada.

El centinela, con el dedo en el gatillo del fusil, da entonces el ¡alto!

Y se oye una voz ronca, temblorosa de angustia, que exclama:

—¡Compañeros, no tiréis! ¡Somos evadidos!

Se adoptan precauciones para evitar cualquier traición. Pero son inútiles. Unos segundos después saltan dos hombres nuestra trinchera. Se abrazan, emocionados, los que un momento antes eran enemigos.

Se traslada a los evadidos a la chavola del teniente. Son dos muchachos, en cuyos rostros se aprecian las huellas del sufrimiento. En sus ojos hay todavía una expresión de recelo y de espanto. Se les da de beber y unos cigarrillos, que succionan con ansia. A pesar de eso, no se tranquilizan aún. Confiesan, al fin, que sus jefes fascistas les habían dicho que en nuestro campo, a los que se pasaban, después de tomarles declaración, se les fusilaba. Y temen aún. Nuestro teniente les tranquiliza, les hace ver que los soldados de la República combaten lealmente y respetan a los prisioneros y evadidos.

Poco a poco, los dos muchachos se sienten contagiados por nuestra sincera cordialidad. Declaran. Uno de ellos es natural de Aguilas, en la provincia de Almería. Allí estaban sus padres al estallar el movimiento. Pero, según le dijeron sus jefes al cabo de varios meses que tardaron en llegar informes, sus padres habían sido muertos por los «rojos», en venganza de estar él combatiendo con los fascistas. A pesar de eso, él no había podido resistir más al otro lado.

Y entonces ocurre un hecho, una casualidad impresionante. De entre los compañeros que se han acercado a ver a los evadidos se adelanta uno que conoce al que acaba de hablar, que es paisano suyo, y con alegría le dice:

—Tú eres Fulano, y te han engañado. No hace un mes, cuando yo estuve en nuestro pueblo con permiso, tus padres estaban vivos y sanos. Yo los vi, y estuve con ellos hablando de ti.

Se fundieron entonces los dos camaradas en un abrazo. Y, trémulos de emoción, los dos evadidos, como dos resucitados a una nueva vida, no pudieron contenerse, y en el silencio de la noche estallaron, como si fueran brillantes bengalas, sus voces que vitoreaban a la República.—Eustaquio Poncela. De la 43 Brigada».

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente Mundo Gráfico *recogerá los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.*

Cataluña en Madrid

Se ha creado en nuestra ciudad el Hogar del Combatiente Catalán

En la semana última, con asistencia del consejero de la Generalidad Vidiella y de algunas otras personalidades civiles y militares, se celebró en Madrid la inauguración del nuevo Hogar del Combatiente Catalán. Fué una fiesta sobria, cordial y simpática. He aquí algunos de los asistentes al acto

(Fot. Videa)

HISTORIAS DE NUESTRA GUERRA

XVII

"¡Si no llego a ser soldado...!"

El valor, el miedo... El tema de discusión sobre estos dos primordiales sentimientos humanos que, aun en tiempos de paz, se plantea frecuentemente, adquiere, cuando la guerra es el resorte capital de la vida de un pueblo, una categoría de obsesión. En los cuarteles y en las trincheras, entre camaradas, se saca a relucir millares de veces. Lógicamente, porque en ese parangón de estados espirituales puede estar, en muchas ocasiones, la clave de la victoria o de la derrota.

Se puede observar que en el análisis y justificación del miedo, casi todo el mundo suele estar de acuerdo. El instinto de conservación, la rebeldía del hombre al dolor, las exigencias de la naturaleza humana, el egoísmo, el amor al hogar, los lazos de sangre... El miedo tiene mil razones. La falta de costumbre, el no tener el hábito del peligro, es una de las más poderosas. El hombre que ha vivido veinte, treinta años en la paz, que ha llevado una existencia sedentaria, lo primero que siente, al oír zumbar sobre su cabeza ese vendaval trágico que es la guerra, es una sensación de acobardamiento, de egoísta encogimiento, de debilidad ante la amenaza. He oído decir, cuando la guerra empezó, a muchos camaradas:

—Yo, la verdad, comprendo que no tengo madera de héroe. En mi vida he disparado un fusil.

Y, sin embargo, a muchos de estos camaradas que tenían razón para hablar así porque su vida sedentaria, pacífica, abonaba su tesis, les he visto luego batirse muy bravamente.

¿Cómo se transformó ese hombre de cobarde razonador en combatiente entusiasta? ¿En qué consiste el valor? Y en esto sí que todas las polémicas resultan interminables. Quien lo atribuye al temperamento; se es valiente como se es rubio o moreno; otro lo atribuye a las circunstancias, por aquello del refrán «Apretado te veas»; otros, a una costumbre o aclimatación al peligro; muchos lo asignan al instinto de conservación, que obliga a defenderse e incluso a morir, paradójicamente, por defender la vida.

En definitiva, ¿qué es el valor? Voy a relatar un caso, que, para mí, al menos, ha sido la más certera, rotunda y clara respuesta. El valor es el resultado de una sugestión y, sobre todo, el exponente de una dignidad viril, que obliga, a todo trance, al cumplimiento del deber.

Veréis cuándo escuché yo la frase más gráfica y definidora de lo que es el valor en la guerra.

A nuestro batallón se habían incorporado muchos reclutas nuevos. Nos los trajeron al pueblo donde descansábamos para que aprendieran la instrucción. Al mismo tiempo, los comisarios y el comandante del batallón, en las lecciones teóricas que les daban, no cesaban de repetirles que la guerra, en la realidad, era menos terrible de lo que parecía en la imaginación; que de mil disparos, sólo uno hace blanco, y puede herir; pero no siempre mata; que las balas que se oyen silbar no hacen daño a nadie; que el efecto de los cañonazos en el campo es más moral que efectivo, y otras cosas parecidas, que estimulaban el espíritu de los bisoños y les preparaban para la lucha.

Por fin llegó la hora de ir a la línea de fuego. Los nuevos reclutas iban encuadrados entre los dos o tres batallones de buenos veteranos que habían de actuar en aquel sector. A los seis días el Mando ordenó un ataque.

Era una hermosa mañana. Estábamos metidos entre el boscaje de una ladera cuando recibimos el mandato de avanzar. Apenas salimos a campo abierto, la lucha se generalizó. Con una intensidad terrible. Aun los más veteranos no habíamos pasado por un trance semejante. Desde las trincheras enemigas se nos hacía un fuego terrible. Nublaban el aire las explosiones de los obuses, y los morterazos arrancaban de cuajo los escasos árboles del campo. Al poco, y por si aún no era bastante el *fregado*, llegó la aviación facciosa. Sus bombas abrían cráteres terribles, y luego, desde más bajo, las ametralladoras de los aparatos funcionaban sobre nosotros. Tuvimos que aguantar la furia artillera y el bombardeo aéreo tendidos en el campo, disparando sin cesar, para evitar que el enemigo saliera de sus trincheras.

Duraba ya casi una hora, en toda su terrible intensidad (la mayor de que yo he sido testigo), el combate. A mi lado, y parapetado como yo tras un pequeño accidente del terreno, estaba uno de los nuevos reclutas. Era un muchacho que había salido de su oficina de Madrid para ir al cuartel al ser llamada su quinta.

A pesar de que los momentos no eran propicios a la ironía, yo le pregunté con cierto tono de broma:

—¿Y qué, compañero? ¿Cómo va ese ánimo?

Y el muchacho, que debutaba en aquel combate, verdaderamente duro, me contestó, mientras sonreía, como disculpándose:

—No me digas, camarada. ¡Esto es terrible! *Si no llego a ser soldado, ¡vaya miedo que estaría pasando!*

No he oído jamás una definición más justa y humana de lo que es, o debe ser, el valor en la guerra. Aquel muchacho oficinista, no habituado al peligro, desconociéndolo, tenía, francamente, humanamente, miedo. Pero era el combate. Y él había dejado de ser oficinista, hombre sedentario. Era, en aquellos momentos, un soldado. Como soldado, él sabía *que le estaba prohibido tener miedo*. Y el sentido profundo de su dignidad viril, el concepto justo de su deber, *porque era soldado*, lo convertía en un combatiente valeroso como el que más.

J. F.

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15 — CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

TAQUIGRAFIA, por Martín Ezpeleta. Redactada forma que hace innecesario profesor. Sexta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección diríjase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, núm. 0, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

PARA ADELGAZAR

SABELIN

Composición de hierbas medicinales. No deja señales de la OBESIDAD, conservando las carnes fuertes y sin arrugas. NUNCA PERJUDICA. ¿Quiere convencerse? Pruebe tan sólo una caja o pida folleto a **Laboratorio Sokatarg, Ter, 16, Barcelona.** Agente en Cuba: J. Carlos Guasch, Apartado 825, Habana.

VENTA EN PRINCIPALES FARMACIAS

Depósitos en Madrid: Durán: Tetuán, 9.—J. Martín: Alcalá, 2.—F. Casas: Mayor, 6.—Riesgo: Mayor, 7.—Gayoso: Arenal, 2

Mademoiselle DOCTOR

La vida y las aventuras de una espía extraordinaria

V

Maniobras en los Vosgos

Rumbo nuevo

Matthesius ha hecho una pausa antes de seguir, como para ordenar sus pensamientos. Su mirada tiene en esos instantes una metálica fijeza.

—Salga usted para los Vosgos—dice a la muchacha—. Usted puede hacer allí cosas de un gran interés. Verá...

Busca planos, croquis, papeles. Expone las informaciones que habría que realizar, el modo de conseguirlas. Ana María le oye con una atención creciente, con una atención que a medida que él habla va llenándose de pasión. En los ojos de la mujer—dolor e insomnio antes—hay ahora una luz de vida, un impulso nuevo. Le brillan emocionadamente, con la ilusión de esa vida—azarosa pero intensa—que ahora va a empezar a vivir.

Ana María habla con Matthesius de los servicios que pueden realizarse. Hace objeciones, sugiere detalles, rectifica notas y cálculos. El hombre la escucha con una atención alegre, satisfecho de asistir a lo que él juzga un descubrimiento magnífico. Ana María Lesser puede ser una espía excepcional.

Los dos se sienten compenetrados. Al despedirse, lo hacen con un fuerte apretón de manos, como si de ese modo sellasen un pacto para los días futuros.

Una estudiante de pintura

Ana María, siguiendo las indicaciones de Matthesius, se ha instalado en un hotel de Berlín. Pocos días más tarde está convertida en una colegiala—trenzas grandes, ojos absortos, aspecto adolescente—que empieza a recibir enseñanza en un colegio de Charlotemburgo. Su figura, su vivacidad infantil son realmente las de una niña que empieza a transformarse en mujer.

Y un día—el otoño pone oros suaves en el paisaje de Francia—en un pueblecito de los Vosgos se instala una estudiante de pintura. Procede de Ginebra, y en su pasaporte—flamante, con irreprochables sellos suizos—consta que tiene diez y seis años.

Se aloja en una fonda, de cuyos huéspedes se hace querer en seguida. La muchacha es alegre y parlanchina, comunicativa y cordial. Traba pronto amistad con todas aquellas buenas gentes. La patrona de la fonda está encantada con aquella muchachita, que todos los días marcha al campo con su estuche de pinturas.

Entra, sale, va y viene por la campiña y por el monte, charlando con unos y con otros, bromeando, riendo. Su locuacidad le gana simpatías unánimes. Cuando se dispone a sacar fotografías en el campo, los mismos guardas forestales la ayudan a montar el trípode, mientras hablan de los servicios que vienen realizando por aquellos parajes. Se ha hecho también excelente amiga de los guardas jurados, que la hablan —entre pequeños sucedidos de la vida de hogar y hablillas de los ambientes campesinos—de los nuevos caminos y carreteras, que cada día van mejorándose, multiplicándose.

Maniobras en los Vosgos

Una noche, cuando regresa de su excursión de todos los días—repleta de apuntes la cartera—encuentra en la pensión un movimiento no acostumbrado. Es que se estaban alojando allí unos cuantos oficiales de las tropas que iban a tomar parte aquellos días en unas maniobras de cierta importancia, según anunciaban los diarios que en el pueblo se recibían.

Una vez más, el carácter risueño, efusivo, de Ana María triunfa. Aquella misma noche, en el casino de la localidad, baila con los militares recién llegados. Entre ellos está un viejo capitán, al que los bellos ojos cándidos de la muchacha han alterado el ánimo. El militar es galante y obsequioso con ella; ofrece y ofrece para conquistarse su simpatía.

—...¿De veras no vió usted nunca unas maniobras militares? Venga usted a ver éstas. Yo mismo la invito.

Al día siguiente, cuando las fuerzas marchan del pueblo hacia la zona de las maniobras, Ana María Lesser sale también, en un cochecito tirado por el caballejo del dueño de la pensión.

Un capitán enamorado

Ana María, antes de venir hacia los Vosgos, ha leído en Berlín todas las referencias y los informes que pudo reunir sobre estas maniobras. «Intervendrá en ellas—se decía, y estos días lo confirma la Prensa francesa—una división del Ejército».

Pero en seguida puede ver Ana María que allí se ha concentrado más de una división. Entre lo que oficialmente, públicamente, se había escrito de las maniobras y lo que éstas son en la realidad existe una diferencia profundísima.

La muchacha, ante el capitán enamorado, palmotea de alegría por los espectáculos sorprendentes, nuevos para ella, que a cada instante contempla. Todo es para la muchacha una sorpresa continua. No se cansa. Sigue a las tropas en el ligero cochecillo. Aplaude y vitorea a los soldados. Todos la conocen, todos la quieren.

—Mi capitán, no he visto todavía ningún cañón.

Y el capitán, para satisfacer la infantil curiosidad, la acompaña ese día a ver los emplazamientos de la artillería.

Despedida bajo los tilos

Esa curiosidad, ese desconocimiento de todas las cosas de la guerra lleva a la muchacha a preguntar infatigablemente. Los oficiales contestan riendo aquellas preguntas, que son, muchas veces, verdaderamente pueriles. El viejo capitán, sobre todo, se desvive para hacer comprensibles las ásperas nociones militares a la inteligencia, no madura aún, de la muchachita.

—Todo cambia, chiquilla. Ahora se entierra todo el material. Ya no es como antes. Las cosas se hacen hoy de un modo totalmente distinto.

El militar, entre piropo y piropo, hablaba a la muchacha de la nueva forma de emplazar la artillería. En una de esas conversaciones propone a Ana María el matrimonio. Ella se echa a reír. Ya hablarán en serio de eso cuando Ana María regrese de ver a su madre, que está en un cercano pueblecito suizo.

Nada niega el capitán a la alegre estudiante. Y así, cuando ella le jura que tiene necesidad de ver a su madre, él mismo busca un coche y pone a su disposición un suboficial y un ordenanza para que la acompañen hasta la frontera.

—Mañana estaré aquí de nuevo—dice Ana María a su pretendiente, bajo unos tilos románticos—. Te lo prometo.

El informe de Ana María

El coche llega en muy poco tiempo a la frontera suiza. Allí, el suboficial dice a los que vigilan la línea fronterizaque se trata de la novia del capitán y que no la pongan ningún obstáculo. En la estación del primer pueblo suizo, Ana María saca billete para el interior del territorio. Ya en ruta, cambia de tren. Toma el expreso, que se dirige a Berlín.

No puede conciliar el sueño en el coche-cama. En su insomnio—acunado por el traqueteo del tren—, piensa en la alegría que Carlos de Winanky hubiese sentido al verla trabajar con aquella decisión y aquella audacia.

Berlín ya. El despacho de Matthesius. Ana María habla, y él escucha con un gesto incrédulo. El hombre, de pronto, interrumpe a la muchacha.

—Pero, ¿dice usted que la artillería francesa ya no se emplaza al descubierto? ¿Que se ocultan hasta las bocas de los cañones, incluso en el caso de una batalla en campo abierto? ¡Bah! ¡Bah! ¿Cómo ha podido usted hacer caso de semejantes disparates? Estos croquis que ha dibujado aquí son esquemas de fosos de fortaleza. ¿Y dice usted que esto se va a utilizar ahora en combates sobre terrenos sin fortificaciones? La han engañado a usted, amiga mía, y usted se ha creído todo eso cándidamente.

Ana María ha dejado hablar a Matthesius. Después, tranquilamente, sacauna fotografía de su carpeta.

—¿Que me han engañado? Entonces, ¿qué tiene usted que decir de esta fotografía?

En el próximo número:

VI. - Una nueva amistad

Espectáculos
MADRID-PARIS
Gran éxito del estreno
Capricho frívolo
Formidable película en español, por
Ilsa Berliner
y Raymond Laurence
Argumento cómico
Gracia intencionada
Situaciones delirantes
RIALTO
Exito grandioso de la producción española
El bailarín y el trabajador
con Roberto Rey, Ana María Custodio y Antoñita Colomé
PALACIO de la MUSICA
2.ª SEMANA de éxito grandioso del extraordinario film
Entre esposa y secretaria
con CLARK GABLE
JEAN HARLOW
y MYRNA LOY
AVENIDA
4.ª SEMANA
de la grandiosa producción
Bajo dos banderas
con CLAUDETTE COLBERT
y RONALD COLMAN
Un film extraordinario
CAPITOL
Segunda semana
Formidable éxito
de la comedia policíaca
Mi ex mujer y yo
Creación de WILLIAN POWELL
y JEAN ARTHUR

Los peluqueros de Madrid celebran su primera asamblea bajo la guerra

Los movilizados, el afán de superación y el deber para con el público

La aportación de la Unión Colectiva a la lucha

(Véase la información correspondiente en el interior del número)

Dos aspectos parciales del Salón - Teatro de la Casa del Pueblo de Madrid durante la asamblea celebrada en estos días por la Unión Colectiva de Peluqueros

(Fots. Videa)

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid